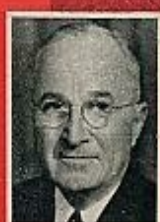


HACE
20
AÑOS



HISTORIA DE UN MES:

ABRIL 1945

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

ORDEN DEL GRAN CUARTEL IMPERIAL DE TOKIO: "TACTICA SUICIDA EN OKINAWA"

ANTE EL INCONTENIBLE AVANCE ALIADO, HITLER RUGIA: "¡TIERRA QUEMADA, DESTRUID EL RUHRI!"

Y MIENTRAS TANTO, EN MILAN, MUSSOLINI ERA ABANDONADO POR TODOS

Para la confección de este reportaje se han utilizado, además de las fuentes de información citadas en el texto y de colecciones de periódicos de la época, libros de documentación histórica. Entre ellos figuran: «The wasted hour, the tragedy of 1945», de Brian Gardner; «La victoire», tomo IV de «L'histoire vécue de la seconde guerre mondiale», por Abraham Rothberg; «Histoire de l'Europe contemporaine», de Stuart Hughes; «Todos los días son largos», diario de guerra de Konstantin Simonov; «La segunda guerra mundial», escrito por G. Déborine bajo la dirección del general Zukov; «Los últimos días de Hitler», de H. R. Trevor Roper, y el «Mussolini», de Christopher Hibbert.

1

ROOSEVELT MUERE EN VISPÉRAS DE LA VICTORIA

EL PRIMERO DE ABRIL DE 1945 —Domingo de Pascua— los primeros «marines» americanos desembarcaban en la isla de Okinawa. Eran las 8,30 de la mañana, y los soldados esperaban una batalla encarnizada. Los veteranos les habían hablado de la ferocidad heroica de los japoneses —los «japs»— en los combates de Iwo Jima, de Filipinas. En los vehículos anfibios de desembarco, los muchachos de la 1.ª y la 6.ª División de «marines», los soldados de la 7.ª y la 96.ª División de Infantería, cantaban canciones y sonreían. «Argentina» era la canción de moda. Sus compañeros de Iwo Jima habían adaptado la letra con humor macabro: «Tu vida comenzará — el día que llegues a Iwo Jima...». Los oficiales, los sargentos, dirigían las últimas arengas, las últimas instrucciones, recibidas del general que mandaba el 10 Cuerpo de Ejército, encargado del desembarco. Este general llevaba el curioso nombre de Simón Bolívar Buckner, y tenía a sus órdenes al mayor-general Roy Geiger, que mandaba el tercer cuerpo anfibio de marines, y al general John Hodge, jefe del 24 Cuerpo de Ejército. En total, 450.000 hombres, apoyados por una gigantesca armada de 1.450 navíos americanos con 1.500 aviones a bordo, más una escuadra británica formada por dos acorazados, cuatro portaaviones, cinco cruceros y más de 240 aviones.

Cuando los soldados llegaron a la playa de Hagushi se encontraron asombrados con que no les recibían con el fuego que esperaban. Apenas alguna salva de fusilería aislada. Doce horas después, cuando el sol se puso, cincuenta mil soldados americanos habían desembarcado ya en la isla y ocupaban las posiciones previstas. Su avance era fácil. La tensión de los primeros momentos desaparecía. Quizá los japoneses, desmoralizados por las derrotas de Iwo Jima, de Birmania, de Filipinas, habían perdido la voluntad de combate. Los «intelectuales» de cada grupo lo explicaban así: «Con los fanáticos, pasa eso: son como fieras mientras los sostiene su fe ciega, pero se desmoronan

SIGUE



cuando dejan de creer en la victoria...». Los «marineros» llegaron fácilmente a su objetivo previsto, el aeropuerto de Yontan, mientras los infantes ocupaban el de Kadena; aquéllos giraron hacia el Norte y éstos hacia el Sur, como estaba calculado para unirse. En los aeropuertos las instalaciones estaban intactas. Pudieron apoderarse de muchos aviones japoneses que no habían siquiera intentado volar. La conquista de la isla iba a ser un paseo militar. Los «marineros» bromaban: «Me voy a hacer aquí una casita y voy a traerme a mi chica...».

Desde lo alto de las colinas meridionales de la isla, el teniente general Mitsuru Ushijima observaba con sus prismáticos de campaña, silencioso y tranquilo, los movimientos del enemigo, recibía los informes que le traían los vigías. Todo estaba sucediendo como lo había previsto. Los soldados de Simón Bolívar Buckner ignoraban aún que tenían delante cien mil héroes locos.

BENITO MUSSOLINI TRATABA DE MANTENER en la ciudad de Milán una apartenela de Gobierno «fascista-republicano». El mariscal Alexander era el jefe supremo de las fuerzas aliadas en el Mediterráneo, que comprendían tropas británicas, americanas y polacas; principalmente, según Attlee, Alexander tenía bajo su mando soldados de 22 nacionalidades distintas. Pero las zonas montañosas servían a los alemanes de excelentes muros de contención para el avance aliado; protegido por ese muro, Benito Mussolini trataba de gobernar un país que se le iba de entre las manos. El Duce ya no era el mismo de antes; después de su aventura del Gran Sasso, donde fue liberado de la prisión por la audaz operación de Skorzeny, había enflaquecido, su rostro presentaba un color terroso, pasaba por momentos de gran depresión. Continuamente recibía noticias de traiciones, de intentos de pacto con el enemigo. Aún le eran fieles su ministro Pavolini, el mariscal Graziano. Clara Petacci —Claretta— estaba a su lado. Su amor había comenzado trece años antes y no había tenido nubes. Justamente en ese mes de abril, el día 24, iban a celebrar el aniversario de su encuentro.

Mussolini recibía cada día noticias de nuevas defecciones, de amigos, de colaboradores que se pasaban a los aliados, a los partisanos. El ejército de los gue-

rrilleros, dirigido por los comunistas, obtenía cada día nuevas victorias. Llegaban también noticias malas de Centroeuropa. Pero Hitler acababa de darle nuevas esperanzas. Durante el mes de marzo, los dos grandes jefes del Eje se habían entrevistado en Alemania, y Hitler había comunicado a Mussolini su confianza en dos armas nuevas: la «V-2» y los submarinos eléctricos. Hitler creía que esas dos armas, que se fabricaban velozmente, podían cambiar el rumbo de la guerra. Mussolini se esforzaba en creerlo. Simplemente tenía que para él, para su país, fuese ya demasiado tarde.

ESE MISMO PRIMERO DE ABRIL, Adolfo Hitler recibió, en el refugio de la Cancillería de Berlín, la noticia de que los ejércitos americanos primero y noveno se habían encontrado en Lippstadt: toda la cuenca del Ruhr estaba cercada. Dentro, entero, el cuerpo de Ejército de Model. Kesselring, el que había sido brillante general en Italia, no había podido cumplir la orden de Hitler de mantener la línea del Ruhr: la orden decía que los que retrocediesen debían ser juzgados en un Tribunal sumarisimo de urgencia. El general Blumentritt creyó necesario no cumplir esa orden y se negó a ejecutar a aquellos de sus subordinados que abandonaban el combate. «Me esforcé —escribe— en tratar de replegar mis fuerzas en el mejor orden posible». Hitler fechó ese primero de abril una orden a Model: «Hay que destruir toda la cuenca del Ruhr. ¡Táctica de tierra quemada! Que el Ruhr se convierta en un desierto».

Aquel día, el Führer tuvo una de sus famosas cóleras. Vivía en el refugio de la Cancillería desde el 16 de febrero; apenas salía para dar un paseo por el jardín. Como Mussolini, tenía a su lado la mujer que le amaba, que le había sido fiel: Eva Braun. Todos la llamaban, simplemente, E. B. Hitler y E. B., con su perra «Blondie», formaban una especie de extraña familia burguesa en aquel mundo febril y enloquecido. Eva cambiaba continuamente de traje, se pulía las uñas. «¿Para quién?», preguntó una vez, irónico, uno de los habitantes del enorme bloque de cemento. E. B. señaló a Hitler: «Para él». Los miembros más fieles de su Estado Mayor, las personas de su confianza, de su intimidad, eran los únicos que tenían acceso al bunker. Sin embargo, Hitler hacía

probar a su cocinera personal todos los alimentos antes de tomarlos él. En sus momentos de descanso, Hitler preparaba los planos de reconstrucción de la ciudad de Linz, donde pensaba retirarse cuando fuese viejo... Imaginaba una ciudad hermosa; diseñaba cómo sería la Opera, cómo sería el Museo...

Otra noticia grave iba a llegar ese día al refugio: los Ejércitos soviéticos, mandados por Tolbukhin, se habían apoderado de Magyakanitzsa, en Hungría, centro de la industria petrolífera, y se aproximaban a Wiener Neudstadt, centro industrial de la Luftwaffe. Hitler ordenó: «Que fusilen a los responsables».

EL TENIENTE GENERAL MITSURU USHIJIMA, del Ejército Imperial japonés, no se había sorprendido por el desembarco americano. En la guerra del Pacífico no hubo jamás una sorpresa; los movimientos lentos de las concentraciones de barcos, los rumbos de la flota, los vuelos previos de los aviones de reconocimiento, no dejaban lugar a dudas. Aunque, después de Iwo Jima, Formosa parecía el punto estratégico clave para el nuevo esalto de rana de las fuerzas americanas de desembarco, el alto mando había preferido elegir Okinawa, en el archipiélago de Ryukyu. Okinawa era una isla de 118 kilómetros de longitud, y de una anchura media de ocho kilómetros —cuatro en su parte más estrecha, cuarenta en la más ancha—. Podría ser una excelente base para operaciones aéreas. Unos días antes, la 77 División de Infantería había tomado Karama Retto, grupo de islas situado a 23 kilómetros de la de Okinawa, que debía servirle de cabeza de puente para el gran ataque. El teniente general Ushijima tenía la costumbre de calcular los movimientos del enemigo guiándose por lo que hubiese hecho él en situación similar. No le había fallado nunca. Había calculado que los americanos desembarcarían en la playa de Hagushi, y así fue. Ahora, le interesaba que los americanos desembarcasen el mayor número posible de hombres, que no quedasen reservas a bordo de los barcos. Su línea de defensa estaba en las fortalezas, que creía inexpugnables, de las alturas de la parte Sur de la isla. Estas fortalezas estaban unidas entre sí por subterráneos. Los americanos debían ocupar las tres cuartas partes de la isla, cubriría de soldados, entrenarse en el avituallamiento de estas fuerzas y en el de la población civil que quedaría a su cargo

De isla en isla, las tropas norteamericanas, sostenidas por la más grande flota de la Historia, avanzaban por el Pacífico. Por fin llegaron a Okinawa.



—unas 135.000 personas, aterradas todas—. Ushijima ocupaba la más importante de aquellas fortalezas, la que los americanos llamaron «Pan de Azúcar», por su similitud con la montaña del mismo nombre en Rio de Janeiro. Desde ella vio y supo que los americanos habían hecho exactamente lo que él había previsto. Se acercaba el momento de combatir en serio. El teniente general Ushijima había recibido del Estado Mayor Imperial las órdenes más terribles que haya recibido nunca un general: estaba dispuesto a cumplirlas.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT LLEGO EL 1 DE ABRIL a Warm Springs para descansar tres semanas en la que él llamaba «mi Casita Blanca», porque desde allí seguía dirigiendo los asuntos de la nación y, prácticamente, del mundo aliado. Se había previsto que un avión le llevaría todos los días los documentos oficiales que debía firmar. La radio le mantenía al corriente de las noticias: los teléfonos le unían a sus secretarios en Washington, a sus aliados en el mundo entero. Churchill era su más frecuente interlocutor de aquellos días. Churchill acusaba continuamente a la URSS de «violación de los acuerdos de Yalta» con respecto a Polonia, advertía a Roosevelt de los peligros del avance soviético. Churchill había dejado de preocuparse ya de la guerra en curso, que consideraba ganada; le importaba ahora la guerra futura, la guerra anticomunista. Sus tres principios esenciales eran éstos: «La URSS se ha convertido en un peligro mortal para el mundo libre; hay que abrir inmediatamente un nuevo frente para detener su avance; dicho frente debe situarse en Europa, lo más al Este posible». A Roosevelt le preocupaba esta obsesión de su aliado. Veía ya en ella un peligro para la paz. Se había producido una disputa grande entre Eisenhower y Churchill: el general americano dirigía la batalla con arreglo a sus planes militares, sin preocuparse de la política; incluso comunicaba esos planes a los rusos, en tanto que aliados, para realizar un trabajo conjunto. Esto irritaba a Churchill. Roosevelt le había enviado un largo y frío mensaje negando cualquier violación de Yalta por parte de los rusos, diciendo que las sugerencias de Churchill carecían de interés.

A veces, en la casita de Warm Springs, el teléfono obligaba a Roosevelt a despertarse a medianoche para contestar a Churchill, o para enterarse de un mensaje recibido en Washington. Roosevelt se sentía enormemente fatigado. Ya no abandonaba un instante la silla de ruedas, que antes procuraba ocultar de los fotógrafos, de los periodistas. Alguien le había preguntado por qué. «Porque tengo que reservar mis energías para cosas más importantes que para pasear».

EN PARÍS, EL GENERAL DE GAULLE entregaba a la ciudad la Cruz de la Liberación, el día 2 de abril. La ciudad estaba empavesada, las gentes se habían puesto sus mejores ropas. Un hombre apareció en un café del barrio de Batignolles gritando que la guerra había terminado, que los alemanes habían capitulado: todo el mundo salió a la calle. Pero la noticia era falsa. El mismo día, en Moscú, la señora Molotov recibía a la esposa de Churchill en el aeropuerto con un ramo de rosas blancas y rosas rojas. «En este año —dijo Mrs. Churchill— he seguido, como mis compatriotas, con respeto y con admiración, con afecto y cordialidad, los grandes hechos de armas de nuestro ejército, de vuestros hombres y mujeres». Berlín era una ciudad en ruinas. Los espectros de la población civil se refugiaban en el Metro ante un nuevo bombardeo del «Bomber Command», que dirigía sir Arthur Harris, que preconizaba los bombardeos de terror sobre las poblaciones civiles y que en el mes de febrero anterior había tenido un considerable éxito al borrar del mapa la ciudad de Dresde, de un millón de habitantes. (En Dresde, el bombardeo británico causó más víctimas de las que iban a producirse en Hiroshima y en Nagasaki.) Durante los primeros días de abril, los aviones de la RAF lanzaron sobre las poblaciones de Alemania 67.365 toneladas de bombas. En Nueva York había comenzado suavemente una primavera dulce y alegre. Se vio algunas damas pasear por las avenidas con pantalones de playa; en Greenwich Village se inauguraba un «Champagne Saloon», donde sólo podía beberse champagne al precio de un dólar la copa. Londres, libre ya de los bombardeos, preparaba su temporada de carreras de caballos, don-

de varios millones de libras iban a cambiar de manos en las apuestas. «Dante» era el favorito para el Derby.

«**A**PLIQUE LA TACTICA SUICIDA», había dicho el Estado Mayor Imperial al general Ushijima. Este sistema se había utilizado ya en Filipinas o en Birmania, pero en pequeña escala. Su utilización definitiva estaba prevista para el momento en que el Japón estuviera en un peligro real, y el momento había llegado. La táctica suicida japonesa se basaba en un cálculo terrible y sencillo. Cada soldado japonés podría infligir tremendas pérdidas al enemigo a condición de perder su vida. Un solo hombre, convertido en mina viviente, cargado de explosivos, podía introducirse fácilmente en una concentración enemiga, incluso fingiéndose prisionero, y estallar de pronto. Un avión podía lanzarse contra un acorazado. Una carga masiva —las «Cargas Banzai», se llamaron— contra un nido de ametralladoras podía hacer morir cien, doscientos o quinientos asaltantes; pero, al final, el punto de tiro era destruido. El teniente general Mitsuru Ushijima y su jefe de Estado Mayor habían estudiado perfectamente la aplicación de esta táctica: por eso le interesaba que dentro de la isla de Okinawa hubiese el mayor número de soldados enemigos, que frente a las islas del archipiélago se concentrase una escuadra importante. Los barcos y los aviones suicidas debían destruir o inmovilizar esta flota, impedir el avituallamiento de los norteamericanos desembarcados y de la población civil que se entregaba en masa y que debía ser mantenida por los americanos. El corresponsal de guerra Graham Stanford, desde Guam, relataba cómo los fusileros marinos no salían de su asombro al ver estas rendiciones en masa de los civiles. El tres de abril había llegado hasta las líneas americanas una procesión de civiles, dirigidos por un sacerdote destacado, pero con una túnica gris, sonriente y afable, que había aceptado un cigarrillo del capitán del destacamento y había ordenado a sus seguidores que se sentasen en el suelo. El mismo día, el corresponsal Percy Finch telegrafaba desde el buque insignia del almirante Turner, que mandaba la escuadra, las impresiones del alto mando americano: «Los japoneses han perdido su úl-

tima oportunidad en Okinawa». «Han cometido un colosal error al no atacar directamente desde el primer momento del desembarco». Los planes americanos se habían adelantado en dos o tres días. No había apenas bajas. Lo peor: las serpientes venenosas que pululaban por la isla. En comparación con ellas, los japoneses resultaban inofensivos. Los americanos creían que los japoneses, cercados y sin víveres en las alturas del Sur de la isla, no tendrían más remedio que entregarse. Pero los japoneses estaban esperando una fecha: el 6 de abril.

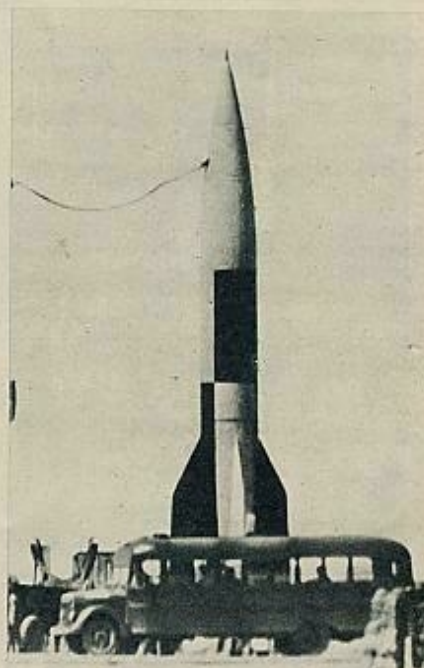
CASI TODAS LAS MADRUGADAS, a eso de las dos, Hitler reunía a sus íntimos en el comedor del bunker y allí, con el ruido de fondo de las bombas que machacaban Berlín, filosofaba sobre la vida, la política, la guerra. Martin Bormann tomaba nota de muchas de estas frases, por orden expresa del Führer. La última nota que se conserva del diario de Martin Bormann está fechada el dos de abril, y dice así: «Tras la derrota del Reich, mientras se producen los estallidos de los nacionalismos asiáticos, africanos y tal vez sudamericanos, no quedarán más que dos potencias capaces de enfrentarse: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Las leyes de la Historia y de la geografía les obligarán a las dos a una prueba de fuerza, sea militar, sea en el campo de la ideología y de la economía. Estas mismas leyes les harán inevitablemente enemigas de Europa. Es igualmente cierto que, pronto o tarde, querrán asegurarse el apoyo de la única gran nación que sobrevivirá en Europa: el pueblo alemán. (Léidate veinte años después, esta nota tiene un curioso saber profético.) No era Hitler el único que creía en la supervivencia del pueblo alemán. Había nacido una asociación secreta, el «Werwolf», el «Ogro», que reclutaba ciudadanos para continuar la lucha en la sombra, en la clandestinidad. Las proclamas del «Ogro» piden la lucha por la libertad y por el honor del pueblo alemán, y la creación de «Tribunales secretos» que juzgarían a todos los que cometieran delitos contra los alemanes. «El odio es nuestra oración; la venganza, nuestro grito **SIGUE**



Aquella operación asombró al mundo. Un comando, a las órdenes de Otto Skorzeny, fue arrojado con paracaídas en el Gran Sasso, donde el «Duce» había sido trasladado como prisionero de Badoglio. Los alemanes lograron liberar a Mussolini y trasladarlo a Alemania, donde fue recibido por Hitler.

de guerra». Estas proclamas causaron gran alegría en el bunker: el pueblo alemán era inmortal, no perecería nunca su espíritu de guerra... Pero al día siguiente, tres de abril, se supo que las tropas de Patton habían entrado en Gotha, que los británicos de Montgomery estaban en Osnabruck y Hamm y que los alemanes no podían resistir el empuje de Tolbukhin y sus tropas del Tercer Frente de Ucrania en dirección a Viena, apoyadas por la flotilla del Danubio. Por otra parte, los soldados de Malinowsky —el II de Ucrania— entran en Bratislava: Viena está amenazada también por la parte oriental. Encerrado en la bolsa del Ruhr, el general Model veía sus tropas y sus recursos sistemáticamente destruidos.

LA CASITA BLANCA DE ROOSEVELT, entre el verde denso de los pinares, en lo alto de la colina, era un admirable observatorio del paisaje donde el Presidente había nacido, del escenario de su infancia, de su juventud, de sus amores. A este lado del Hudson, la granja de sus padres; al otro lado, la casa donde vivieron «las fascinantes chicas de Delano»: una de ellas fue su madre. Roosevelt se sentía muy fatigado. Le cuidaban sus primas, Laura Delano y Margaret Suckley. Una pintora, madame Shumatoff, pintaba su retrato. Se empeñaba en colocar sobre los hombros del Presidente la pesada capa azul que había llevado durante la Conferencia de Yalta: Franklin Delano Roosevelt se resignaba. William D. Hassett le llevaba en el avión de Washington los documentos para firmar: era el secretario de la Casa Blanca. El cuatro de abril tuvo que firmar un decreto aumentando la deuda americana a trescientos mil millones de dólares (hasta entonces era de 240.000 millones). El día 5 recibió una carta de Eisenhower desde Alemania: el general calculaba que los alemanes no se rendirían jamás, y que la victoria habría que arrancarla por la fuerza de las armas hasta el último momento. Preveía una guerra de guerrillas larga: la proclama del «Ogro» le había convencido. Eisenhower no creía que Berlín fuese un objetivo de primera importancia: le interesaba, sobre todo, destruir las fuerzas alemanas y sus fuentes de resistencia. Esta posición desesperaba a Churchill, cuya idea política de la importancia de la capitalidad no se borraba por otras consideraciones, y porque temía que los rusos llegasen antes, como estaban llegando a Viena. Escribió a Roosevelt y le telefonaba para pedirle que el Estado Mayor ame-



En los últimos momentos de la guerra, la gran esperanza de Hitler eran sus cohetes: las «V-1» y «V-2». En la foto, una «V-2» en posición de ser disparada.

ricano cambiase sus planes. «Ya no me escuchaba, no me entendía con claridad —ha escrito después Churchill—. Sus fieles ayudantes, que sabían en qué estado se encontraba el Presidente, guardaban este terrible secreto para ellos, y las respuestas que me enviaban en su nombre estaban escritas por ellos». Esta opinión de Churchill no parece confirmada. Por lo menos, Roosevelt no dejó de conocer ni uno sólo de los documentos que firmaba, y su estado de lucidez mental era perfecto. El mismo había decidido acceder a la petición rusa de contar con tres votos en la futura organización de las Naciones Unidas; es

decir, el de Rusia, el de Rusia Blanca y el de Ucrania. En el país, esta decisión, conocida el 3 de abril, había producido un cierto desasosiego. Alguien había propuesto que los Estados Unidos tuvieran cuarenta y ocho votos, uno por cada Estado de la Unión... Roosevelt no tenía preocupaciones a este respecto: contaba, sin duda, con los votos de todas las naciones hispanoamericanas.

EL 4 DE ABRIL, EN MEJICO, el representante argentino Adolfo N. Calvo, con categoría de enviado extraordinario de su país, se adhería al «Acta de Chapultepec», después de haber declarado la guerra a las potencias del Eje. La Conferencia de Chapultepec había sido un éxito para la diplomacia americana, que había conseguido «una actitud común de los Estados americanos» para la próxima conferencia de San Francisco. Se había ideado la creación de un Estado Mayor norteamericano durante la posguerra, una organización económica conjunta, que preveía la disposición en común de todos los recursos del continente. Poco tiempo antes se había lanzado el Plan Clayton de inter-ayuda; el Acta de Chapultepec le daba unas posibilidades políticas. Tiempo más tarde, algunos Estados americanos se dieron cuenta de su error, y de que habían caído de nuevo bajo el colonialismo económico. Fue dos años después cuando el Primer Congreso Nacional de Proprietarios de Empresas de Transformación, en Méjico, tomaba esta resolución: «El Plan Clayton no es más que un plan para establecer la dominación mundial y destruir la competencia y la libertad. Los Estados Unidos representan el papel de metrópoli, mientras que los otros Estados son absorbidos y convertidos en satélites» (citado por R. F. Behrendt, «Inter-American Economic Relations. Problems and prospects». Nueva York, 1948). Argentina había resistido hasta el último momento. El Gobierno Farrell no había ocultado su simpatía hacia las naciones del Eje: la derrota de éstas era ya tan evidente que no vaciló en firmar el Acta de Chapultepec, aunque fuese con retraso. El mismo día, su Gobierno anunciaba la confiscación de los bienes de ciudadanos del Eje y el internamiento de los diplomáticos japoneses.

CINCO DE ABRIL: CHURCHILL busca también una mayoría británica en la futura ONU, y reúne en Londres la Conferencia Imperial, que se inaugura con un discurso de Smuts. La URSS declara que no puede seguir manteniendo su pacto de



Durante años, Eva Braun acompañó a Adolfo Hitler en su retiro de Berchtesgaden, el «retiro del lobo», donde el «Führer» solía descansar de sus preocupaciones y cóleras. En el último momento, se casaron.



En la batalla de las Ardenas, los aliados concen nos para abrir una nueva brecha en el frente alemán. Las

ABRIL 1945



Hitler no comprendía la catástrofe que se cernía sobre el Reich «de los mil años». Desde su «bunker» de la Cancillería mandaba fusilar a todo el que no le obedecía. Cuando los aliados llegaron a la cuenca del Ruhr, ordenó la táctica de «tierra quemada», la destrucción total.

neutralidad con el Japón: no es aún una declaración formal de guerra. Frente a Viena, los ejércitos de Tobulkhin y Malinowsky han conseguido reunirse: el asalto a la capital del Imperio austríaco va a comenzar. En el Pacífico, los americanos han hecho una reorganización de sus mandos y han distribuido nuevas zonas entre Mac Arthur, Arnold y el almirante Nimitz. En Tokio, el Estado Mayor japonés lanza una orden: al día siguiente ha de comenzar a aplicarse la táctica suicida contra los asaltantes de Okinawa.

YASHUO KUWAHARA ERA UN JOVEN PILOTO japonés, que había aprendido con entusiasmo el arte de la guerra en el aire y que estaba dotado de una fe inquebrantable en el Emperador y en su patria. Kuwahara había sido destinado al terrible escuadrón de los kamikazes, los pilotos suicidas que debían arrojarse con aparatos antiguos cargados de explosivos sobre los objetivos enemigos. Kamikaze era el nombre del avión, y significaba «Viento Divino» —por alusión a un ciclón que siglos antes había evitado una invasión en las islas niponas—, y los pilotos se llamaban también kamikaze, por extensión. Desde una base aérea próxima a Okinawa, el joven Kuwahara veía partir y morir a sus compañeros esperando su turno. He aquí el relato que Kuwahara hizo de los ataques del 6 de abril contra Okinawa: «En la frente de cada kamikaze estaba vendada la bandera del Sol Naciente del Imperio Nipón, precisamente sobre sus cejas. Cada salida hacia la muerte estaba precedida de un impresionante conjunto de ceremonias para exaltar el valor elevado al grado máximo. La voz del coronel decía: "Ahora, valientes camaradas, partid con una sonrisa; vuestros antepasados os reservan un lugar selecto. Los Samurais del Cielo, todos los guerreros

muerdos, os esperan para daros la bienvenida". Después cantábamos el himno del combate: "El color del aviador es el de la flor del cerezo; contempla cómo caen las flores del cerezo sobre las colinas de Yoshino. Somos los orgullosos hijos de la raza de Yamato; moriremos combatiendo en el cielo". Después brindábamos con vasos de saké, vitoreando al Emperador. Los kamikazes que iban a morir, bromaban y reían al subir a sus aviones, viejos aparatos fuera de uso. Su estado no tenía importancia: no iban a ser necesarios para regresar... Ahora recuerdo las reacciones de un hombre. Venía hacia mí. Todo en él parecía irreal; el espíritu desprendido de su cuerpo, que debería cumplir mecánicamente lo que le había sido encomendado. Una extraña sonrisa se dibujaba en su rostro de cera. "Dile —me repetía a mí mismo—, dile que le acompañarás hasta el final, que morirá con él. Pero no es eso lo que necesita. Tu momento llegará también pronto, Kuwahara". Un peso enorme oprimía mi pecho, aplastaba las palabras que tenía intención de decirle, y apenas pude pronunciar: "Tatsuno..., yo...". Nuestras manos se estrecharon. "Recuerda —pudo, por fin, articular Tatsuno—, recuerda que siempre quisimos volar juntos". Le miré a los ojos e incliné la cabeza. "Pronto te seguiré", pude murmurar. Entonces me dio algo. "Toma, guarda esto como recuerdo mío. No es gran cosa, pero cuidate de que llegue a mis padres". Volví la cabeza. Tatsuno acababa de darme su dedo meñique. Los hombres destinados a las misiones suicidas dejan siempre tras ellos algo suyo: un mechón de cabellos, las uñas, incluso un dedo, que es conveniente inclinar. Las cenizas se envían después al hogar para reposar en una urna familiar, situada en la alcoba, junto a los retratos de los antepasados. Una vez al año, un sacerdote va a rezar...

«Nuestros kamikazes vuelan en grupos de **SIGUE**



traron 250.000 hombres, 2.000 tanques y 3.000 aviones. Las fuerzas antihitlerianas avanzaban sobre el Tercer Reich.



Los «pilotos suicidas» japoneses intervinieron en Okinawa. Sobre la frente llevaban la bandera.

tres, flechas de muerte dirigidas hacia los navíos americanos. ¡Okinawa! Ante nosotros está la isla tan disputada, objetivo final de nuestra misión... Veo, a lo lejos, las filas de los navíos americanos. En el centro, nuestro objetivo: cuatro portaaviones, guardados por acorazados y por un enjambre de destructores. El primer kamikaze no llega a su objetivo: su aparato cae en llamas. Otros dos kamikazes sufren la misma suerte. El cuarto consigue franquear la defensa de cañones antiaéreos, vuela a ras de las olas, se lanza sobre un destructor y le alcanza en la línea de flotación. Una enorme explosión, luego otra y otra. ¡Magnífico! El navío se ha partido en dos. Literalmente, las aguas se abren bajo él y desaparece inmediatamente. Tatsuno está solo ahora. Ejecuta un vuelo perfecto, mejor que todo lo que le habían enseñado nunca en la base. ¡Tatsuno! ¡Tatsuno! Han alcanzado el timón trasero de su aparato, pero continúa su carrera. Las llamas invaden el fuselaje. Su aparato está totalmente incendiado. Pero no pueden detenerle... ¡Tatsuno! Ha elegido como objetivo un petrolero. Está cerca, cada vez más cerca... Se oye una formidable explosión: arden toneladas de gasolina. Una inmensa nube de humo negro oscurece la atmósfera, y el petrolero se hunde: un enorme oleaje y una mancha de petróleo marcan el lugar donde acaba de desarrollarse la tragedia. Así murió mi mejor amigo.

MIENTRAS LOS KAMIKAZES caían como mortales flores de cerezo sobre los barcos americanos, las campanas de San Esteban, en Viena, tocaban a rebato, como lo habían hecho en 1529 ante el ataque de los turcos. Esta vez, los micrófonos de las emisoras austríacas y alemanas recogían los desesperados tañidos para exaltar en todo el pueblo el espíritu de defensa. Los soldados de Rodon Malinowsky y de Tolbukhin estaban en los suburbios de la ciudad: se combatía ferozmente en cada calle, en cada casa. Al día siguiente, la ciudad está enteramente cercada. En el Sur, el mariscal Tito, cuyo verdadero nombre es Joseph Broz, dirige el frente jugoslavo, y sus tropas entran en la ciudad de Sarajevo. Mientras tanto, el III Ejército de la Rusia Blanca, mandado por Vassilievsky —Tchernikhovsky, el victorioso jefe que lo había mandado durante toda la ofensiva, había muerto—, entra en la ciudad de Königsberg. Churchill, en Londres, se enfurece: ve que los ejércitos occidentales, a pesar de su rapidísimo avance, no pueden impedir la extensión soviética en Europa. El mismo día se anuncia un balance de los prisioneros alemanes hechos en la primera semana de abril: 42.888. Su abastecimiento, sus interrogatorios, su clasificación, crean un enorme problema.

HITLER ES YA UNA SOMBRA. Es un anciano encorvado, de mirada opaca y rostro gris. Las personas que viven junto a él no lo atribuyen solamente a la sensación de derrota, sino a

las continuas inyecciones con que le droga su médico de cabecera, Teodoro Morrell. Este es uno de los seres en que más confianza tiene Hitler, que le había conocido cuando fue a curar a su fotógrafo personal de una enfermedad venérea. A Hitler le impresiona mucho la mezcla de superstición y de ciencia —él mismo era una mezcla de superstición y de ciencia militar y política: aquella destruyó siempre a éstas— y cree en los medicamentos que Teodoro Morrell inventa. Uno de los que se atribuye es la penicilina: dice que los servicios secretos de los ingleses le robaron la fórmula y se la entregaron a un oscuro doctor Fleming. Teodoro Morrell ensaya en Hitler todos los medicamentos que inventa y el resultado es catastrófico. Pero nadie se atreve a decirle al Führer lo que está ocurriendo. Muchas veces se ve a Hitler y a Morrell discutiendo sus horóscopos, tratando de averiguar el lenguaje de los astros. Pero Hitler no ha perdido la firmeza. Desde el «bunkers» fulmina una nueva orden: que todo aquel que no resista al enemigo, sea civil o militar, mujer o niño, sea juzgado y ejecutado en el acto.

EL 8 DE ABRIL los ejércitos aliados hacen un sorprendente descubrimiento en unas minas de sal: el tesoro de los nazis. Aparecen enterradas 178 toneladas de oro, divisas, obras de arte alemanas y otras robadas en los museos de todo el mundo durante la época victoriosa. En Londres se publica un balance satisfactorio: las ventas de Pascua en los comercios han superado las de Navidad. En Nueva York aparece un nuevo modelo de sombrero para primavera: las damas convierten sus cabezas en fantásticos jardines. En el desierto de Los Alamos,

un grupo de sabios, dirigidos por Enrico Fermi y Oppenheimer, trabajan en la construcción de una nueva bomba: uno de ellos, Oppenheimer, dudaba de si moralmente este arma podría o no emplearse. En esas mismas fechas se constituyó una comisión llamada «de implicaciones sociales y políticas» en la que un grupo de sabios, dirigidos por James Franck, se interrogaban sobre lo que podría ocurrir en el mundo si el arma que estaban construyendo se empleaba. Estos temas eran totalmente ignorados del gran público. Los periódicos de Nueva York habían reservado el 9 de abril un amplio espacio de sus primeras páginas para una noticia interesante: Shirley Temple, que era ya «una vieja de dieciséis años», se iba a casar con un sargento de Aviación de veinticuatro años, llamado John Agar. El matrimonio de la bella y el guerrero era una excelente ocasión para exaltar las virtudes patrióticas.

EL ATAQUE DEL 6 DE ABRIL sobre los americanos de Okinawa se había saldado con el suicidio de 350 aviadores kamikazes. Ciento cincuenta de ellos habían sido derribados antes de llegar al objetivo: pero 200 llegaron a la escuadra. Estos aviones habían sido escoltados por otros 350 aparatos de combate, encargados de protegerlos. Al mismo tiempo se había hecho un ataque con los llamados «Crisantemos flotantes»: pequeñas embarcaciones con dinamita y un tripulante suicida; esto es, los kamikazes del mar. Esta operación se completaba con una escuadra de diez navíos que había salido del Japón el 5 de abril con carburante suficiente como para llegar a Okinawa, pero no para regresar al Japón: estaban obligados a vencer o morir. La batalla fue

La muerte del Presidente Franklin D. Roosevelt conmovió al mundo. Su muerte sobrevino en vísperas de la victoria aliada. En la foto, el cortejo fúnebre camino del Capitolio, escoltado por las banderas.



ABRIL 1945



La conferencia de Yalta, en la que intervinieron Churchill, Roosevelt y Stalin, marcó un hito decisivo en la marcha de la guerra. Los tres «grandes» establecieron en ella, además de la táctica a seguir, la incondicionalidad de la rendición alemana. Este precepto suscitó grandes protestas, pero más tarde se vio que era la única manera de poder liquidar el nacionalsocialismo.

irénica. Dentro de los barcos americanos, 38 marinos fueron heridos por los casquillos de sus propios proyectiles antiáereos, que en un fuego incesante trataban de detener a los kamikazes. El navío almirante, «Indianápolis», gravemente alcanzado, tuvo que retirarse. Los destructores «Bush» y «Calhoun» fueron hundidos: su nombre está inscrito en la historia de la Marina por el heroísmo con el que sus tripulantes lucharon hasta el último momento. En total, además del «Indianápolis», fueron hundidos seis barcos de guerra y otros dos averiados. El almirante Mitscher lanzó 280 aviones de caza y de bombardeo en picado contra la flota japonesa que se aproximaba; en la tarde del 7 de abril, la flota japonesa perdió el superacorazado «Yamato», el crucero ligero «Yayagi» y cuatro destructores. Al día siguiente, esta escuadra estaba aniquilada. Al mismo tiempo, en tierra, las cuatro quintas partes de la isla estaban ocupadas. El teniente general Ushijima comprendió que era ya difícil recibir ayuda del exterior, y que no quedaba más que intentar la defensa con su fuerza de cien mil hombres, prácticamente intacta en sus fortalezas del Sur de la isla: tres líneas de defensa basadas en las ventajas naturales del terreno: la colina de Kakazu, el «Pan de azúcar» y la colina cónica.

POR PRIMERA VEZ EN CIENTO CINCUENTA AÑOS, el Ejército francés ha conseguido atravesar el Rhin. El general De Gaulle —al que algunos negaban el título de general, que se había atribuido a sí mismo, y le llamaban «el coronel De Gaulle»: ciertamente, su ascenso no fue oficial hasta algún tiempo después— había llegado el 9 de abril al frente de combate para inspeccionar el terreno ocupado por el I Ejército francés, que mandaba Delattre de Tassigny. Después de su visita, el general se fue a Niza. Su frase despertó algunas ironías en Gran Bretaña: «Si no hubiera sido por nosotros, el Ejército francés hubiera tenido que esperar otros ciento cincuenta años para franquear el Rhin».

EN MILAN, EL DUCE HABÍA perdido la confianza en las nuevas armas de que le había hablado Hitler. Los partisanos avanzaban en todas partes. El Comité Central del partido comunista ita-

liano había adoptado una «directiva sobre la insurrección», en la que se decía: «Ahora es preciso reforzar la guerra de partisanos y preparar y desencadenar una verdadera insurrección». La ofensiva comenzó al día siguiente, 10 de abril: los guerrilleros obligaron a rendirse a la guarnición alemana de Borgo Taro, y el 13 de abril cortaban las principales vías de comunicación por las cuales los alemanes pretendían retirarse hacia el Norte. Al mismo tiempo habían comenzado sublevaciones en Génova y Turín. El Duce recibió con una crisis de nervios la noticia de que en su propio feudo de Milán se disparaba desde los tejados contra las milicias fascistas. Pero esto no era todo. Los aliados de Alexander —los Ejércitos Octavo y Quinto— desencadenaron una ofensiva magistral: después de cruzar el río Sena, avanzaban hacia el Po, mientras al Sur los hombres de Clark cruzaban el río Frigido y ocupaban la base naval de La Spezia. El 11 de abril, las dos alas costeras de la línea alemana defendida por las montañas tiene que ceder terreno. Los guerrilleros toman Venecia...

EL 12 DE ABRIL DE 1945 el Presidente Roosevelt decidió levantarse más tarde que de costumbre. Sentía un extraño cansancio. El día era malo: no le apetecía salir al jardín. El mal tiempo había retrasado la llegada del avión de Washington. Por la radio había escuchado que desde Berlín se había dado una nueva orden para ejecutar sin juicio a todos los traidores al Reich: esta orden estaba firmada por Keitel, Himmler y Bormann, y un comentarista había hecho conjeturas acerca de si estas tres firmas, sin la de Hitler para referendarlas, podían hacer suponer que el Fuhrer había muerto en la Cancillería. El Presidente había recorrido las páginas del «Constitution», de Atlanta; después había tratado de enfrascarse en la lectura de una novela de John Dickson Carr, pero el creciente dolor de cabeza le impedía concentrarse. Roosevelt pidió ayuda para levantarse y se acercó al salón donde le esperaba la impasible pintora Shumatoff, con la pesada capa azul de la Conferencia de Yalta. El avión había podido aterrizar finalmente, y su secretario Hassel le entregó unos documentos que debía firmar. Roosevelt encendió un cigarrillo, después de haberlo colocado en su famosa boquilla, y quedó en silencio, estudiando los documentos. En el canapé, charlaban Laura Delano y Margaret Suckley. A la una y trein-

ta y cinco de la tarde el Presidente dijo: «I have an horrible headache»: iban a ser sus últimas palabras. Reclinó dulcemente la cabeza y cerró los ojos. Todas las personas que había en la habitación quedaron en silencio para respetar lo que creían un momento de descanso. Hasta veinte minutos más tarde no se dieron cuenta de que era algo grave. El primero que le atendió fue el médico de Marina H. G. Bruen: fue entonces, cuando llegó el médico, cuando sus familiares le llevaron a la cama y le desnudaron. A las 14,15, una hora después del desvanecimiento, avisaron al doctor Ross McIntire, que estaba en Washington: al escuchar por teléfono los síntomas, comprendió que se trataba de una hemorragia cerebral. Calculando que no le daría tiempo a llegar, avisó al doctor James E. Paullin, de Atlanta, para que fuese con urgencia al «abungalow» de Warm Springs: un coche de la Policía despejó la carretera nacional para que el coche del médico no perdiese tiempo, pero éste prefirió ir por atajos. Así y todo, no llegó hasta una hora después. «Cuando llegué —escribe el doctor Paullin—, el Presidente estaba en extremis». Un sudor frío cubría su rostro, que había tomado un tono ceniciento. Respiraba con dificultad y el difícil movimiento de sus pulmones producía estertores. Tenía las pupilas dilatadas, las manos ligeramente azules. El doctor Bruen trató de hacerle la respiración artificial. El pulso era apenas perceptible. Aún podían escucharse, débilmente, los latidos del corazón. Pero tres minutos y medio después de mi llegada, desaparecieron. Le puse una inyección de adrenalina para estimularle. A las 15,55 toda traza de vida había desaparecido. Así murió uno de los forjadores de la victoria, cuando casi faltaban horas para conseguirla. Con su muerte, el mundo de la posguerra iba a cambiar totalmente. Nadie iba a poder ya resistir las tesis de Churchill.

EN EL PROXIMO NUMERO
2.º CAPITULO
EL HORROR DE LOS CAMPOS
DE CONCENTRACION